

El papel de un Instituto de Ciencia Política en la hora actual

Juan F. Bendfeldt

*P*resentamos a continuación las palabras pronunciadas por el profesor Juan Fernando Bendfeldt durante el acto constitutivo del Instituto de Ciencia Política, ceremonia que tuvo lugar en Bogotá el 19 de junio de 1987.

* * *

¿OTRO INSTITUTO MAS!, PENSARAN ALGUNOS. ¿Para qué?

La respuesta es muy sencilla si este instituto ha de triunfar, porque tendrá que ser diferente. El Instituto de Ciencia Política habrá de descubrir nuevamente los principios, hoy olvidados, que impulsaron el gran cambio histórico que derribó el viejo orden milenario para dar a luz lo que hoy llamamos "la Civilización Occidental".

Tres siglos han transcurrido desde que ese cambio inició el verdadero proceso revolucionario cuyos beneficios hoy gozamos, no exclusivamente nosotros, sino cada vez un mayor número de ciudadanos. Para muchos, eso parecerá un largo tiempo, tendencia que nos condena a caer en las trampas del modernismo, a concentrarnos en los problemas del momento, en las necesidades de mañana y no del futuro, y a desechar las ideas viejas sin siquiera llegar a comprenderlas.

Estos tres siglos, sin embargo, no son sino tan sólo unos minutos en el reloj de la historia. Si los miles de años de la historia conocida los convertimos en 24 horas de duración, los últimos siglos representan tan solo diez minutos.

Durante estos tres siglos se han registrado profundas alteraciones a la visión del hombre sobre sí mismo; hemos pasado de una historia sin cambios espectaculares, con actores anónimos, con un avance imperceptible en la calidad de vida de las mayorías, a la revolución de las expectativas crecientes de la cual ha surgido la creencia de un derecho al cambio constante, a los beneficios del progreso que equivocadamente se cree inevitable.

Pero, si es inevitable el avance del progreso, si la sociedad ha cobrado una moción propia ineludible, ¿para qué estudiarla si lo que ha de ser será?

La labor del instituto sólo tiene sentido si reconoce que todas las cosas que el "hombre-masa", de Ortega y Gasset, da por sentadas, son el producto de un frágil orden social que puede fácilmente ser destruido. Quienes apoyen al instituto en su función tienen que compartir una firme convicción.

III TRIMESTRE 1987

El humanista de la Universidad de Chicago, Richard M. Weaver, en un poco conocido análisis sobre el ocaso de Occidente que tituló "Las ideas tienen consecuencias", dejó escrita esa convicción fundamental:

*"Debe asumirse aquí que el mundo es inteligible, que el hombre es libre, capaz de escoger, y que las consecuencias que estamos experimentando no son el producto del determinismo biológico, o de cualquier otro, sino de decisiones equivocadas"*¹.

Weaver hacía estas reflexiones en 1948, cuando la civilización occidental recién empezaba a recuperarse del desafío a los valores fundamentales que había planteado ya un socialismo agotado y aberrante, y que había culminado en la Segunda Guerra Mundial. Weaver se encontraba sorprendido de que los países victoriosos de la guerra hubiesen resultado convertidos en tímidas emulaciones del totalitarismo que habían combatido. No ha de extrañarnos que hoy se hable de guerras sin principios ni objetivos, sin propósitos trascendentes.

Europa y América del Norte yacían postradas en medio de la expansión del aparato estatal, del dirigismo económico, del proteccionismo y de las seguridades artificiales que se estaban construyendo.

¿Los valores fundamentales de Occidente habían sido olvidados!

El caso de Weaver es uno de varios. Podemos recordar las novelas épicas de los empresarios de la emigrada rusa Ayn Rand. ¿Cómo olvidar su llamado a la huelga empresarial de "La Rebelión de Atlas"? Sin verdaderos empresarios, ni un orden social que permita su florecimiento, el aparato productivo en manos de la burocracia rápidamente sucumbe.

También está el trabajo del socialista inglés George Orwell. En el ocaso de su vida, una vida de activista a favor de los cambios de estructuras, Orwell escribió sobre el futuro. En 1945 escribió su brillante fábula "Granja Animal" que describía las perversiones del socialismo de la Rusia de Stalin; y hacia 1948, escribió sobre los horrores de la supresión de las más íntimas expresiones del intelecto a las que conduce el "estado omnisciente". Su obra "1984" no pretendió ser profética, sino una advertencia.

¿Cómo omitir las advertencias de "La Rebelión de las Masas" de José Ortega y Gasset? En el capítulo intitulado "El mayor peligro: el Estado", bien señalaba el insigne hispano, en 1933:

*"Cuando la masa siente alguna desventura, o simplemente algún fuerte apetito, es una gran tentación para ella esa permanente y segura posibilidad de conseguirlo todo —sin esfuerzo, lucha, duda ni riesgo— sin más que tocar el resorte y hacer funcionar la portentosa máquina. La masa se dice 'El Estado soy yo', lo cual es un perfecto error". "... el caso es que el hombre-masa cree, en efecto, que él es el Estado, y tenderá cada vez más a hacerlo funcionar con cualquier pretexto, a aplastar con él toda minoría creadora que lo perturbe —que lo perturbe en cualquier orden: en política, en ideas, en industria"*².

Otros casos son los de Albert Jay Nock y León Trotsky, acusados de anarquistas en distintos sentidos. Las ideas del primero generaron el

1/ Richard M. Weaver. "Ideas Have Consequences"; The University of Chicago Press, Chicago, 1948.
2/ José Ortega y Gasset. "La Rebelión de las Masas"; Revista de Occidente, Madrid, 1933.

surgimiento del movimiento conservador que fragmentó la dictadura "democrática" de Franklin D. Roosevelt, y las del segundo socavaron la legitimidad intelectual del socialismo bajo Stalin.

Reconocemos, entonces, que son las ideas en las cuales creen los hombres las que los llevan a construir, o a destruir, la historia. Sin duda, "las ideas tienen consecuencias".

El papel del instituto está en el campo de las ideas. Los cambios vendrán después...

En 1944, otro gran pensador, reconocido como economista con el Premio Nobel, Doctor en Derecho y Ciencia Política, y Profesor de Ética y Ciencias Sociales, que por entonces era tan sólo un joven austriaco lejos de su patria que se desprendía de sus prejuicios socialistas, concibió una idea que habría de cavar la tumba del desafío socialista.

El joven, hoy un anciano en sus últimos días, es Friedrich Hayek. Redescubriendo rigurosamente, casi solo, los principios olvidados del liberalismo en todos sus órdenes, concibió la idea de un grupo intelectual de discusión. Se reunió por primera vez, en 1947, en un pueblecito de Suiza; hoy tiene como producto de su revolución de las ideas a más de cuarenta instituciones de diversa índole en todo el mundo. Yo me tomo la libertad de invitar al Instituto de Ciencia Política a que se una a esta corriente de redescubrimiento.

La Revolución Thatcher tiene su origen en las actividades, estudios, y propuestas de política pública adelantadas por el Institute of Economic Affairs, de Londres. El IEA, que recién cumplió treinta años de existencia, fue fundado a instancias de Hayek por un pequeño grupo de distinguidos empresarios y académicos, no muy distinto del que hoy se encuentra aquí reunido. La Revolución Reagan no se inició con su elección a la Presidencia de los Estados Unidos; fue el resultado del esfuerzo, intelectual primero y de acción política después, de diversas organizaciones. Menciono únicamente la importante labor de la Heritage Foundation, a la que se le encomendó el diseño de la agenda política que aún se sigue cumpliendo.

Los llamados "milagros económicos" de Alemania Federal, del Japón, Corea del Sur, Taiwan y Singapur, tienen en común el hecho de haber sido originados por unos pocos individuos con ideas claras. Más cerca de nosotros tenemos el espectacular trabajo que viene desarrollando, en el Perú, el Instituto Libertad y Democracia. Su director, Hernando de Soto, está creando la mística de un capitalismo popular con su estudio de la economía informal o "subterránea". Con toda razón su libro fue titulado "El Otro Sendero", contraponiendo los libre-emprendedores peruanos al movimiento guerrillero Sendero Luminoso.

Para comprender los fenómenos que hoy estamos viendo no debemos olvidar la historia, la historia que han hecho las ideas.

El desafío a las bases éticas de la Civilización Occidental, planteado a mediados del Siglo XIX, que predijo el fin del orden social basado en el respeto a la libertad individual, pareció marcar otro cambio histórico. El socialismo se abrazó como la corriente redentora del futuro, desalojó de las universidades al humanismo verdadero que parte del hombre imperfecto, y

abandonó las tradiciones de verdadero rigor académico y la filosofía social basada en el respeto a la persona. El liberalismo fue declarado pasado de moda.

La respetabilidad que hoy tienen muchos de los institutos a que aludi antes y los académicos que los soportan, es cosa nueva. Durante muchos años fueron francamente atacados y menospreciados por las universidades, antaño prestigiosas, pero casi todas ellas convertidas en monopolios estatales de la verdad en boga desde el positivismo del fin de siglo. El trabajo y aportes de esos pocos intelectuales rara vez fue tomado en serio por los políticos y las corrientes partidarias.

Hayek, sin embargo, y un pequeño grupo de colegas y seguidores, empezaron a demostrar sistemáticamente cómo el socialismo, en cualquiera de sus formas, no es una opción social viable. El debate sobre la imposibilidad del cálculo económico en una economía centralmente planificada y dirigida, iniciado por Ludwig von Mises en 1920, es todavía desconocido por muchos. Tanto por quienes combaten al socialismo como por quienes lo defienden.

Como muy bien lo ha expresado Don Lavoie, un investigador del Centro para el Estudio de los Procesos del Mercado, financiado en la Universidad George Mason:

*"Todo el debate se centró en los intentos de responder al desafío inicial de Mises basado en la 'imposibilidad' de realizar una planificación central racional de la vasta y compleja economía moderna. Sin propiedad de los medios de producción, sostenía Mises, no podía existir un mercado para esos bienes de capital; y sin mercados no podía haber precios para los diversos y escasos medios de producción. Al carecer de la guía de los precios del mercado, los planificadores centrales estarían 'a oscuras' en cuanto a la escasez relativa de los diferentes componentes de la estructura del capital y, en consecuencia, fracasarían indefectiblemente en la tarea de combinarlos y utilizarlos con eficacia"*³.

No obstante este descubrimiento fundamental de que el socialismo es una construcción ideologizada imposible de ser puesta en vigencia, aunque todos estuviéramos de acuerdo, el debate fue ahogado por los acontecimientos. No es sino hasta esta década en que estamos viendo en la praxis cuál fue el lado ganador de la discusión.

Según algunos, el desafío planteado por el socialismo "científico" estaba destinado a marcar otro gran cambio. La realidad ha sido muy diferente. A las denuncias de Trotsky se sumaron las de Orwell; y, más recientemente, las de Milovan Djilas en su "Nueva Clase", las de Eudocio Ravines en "La Gran Estafa", y una lista casi interminable de disidentes y 'refuseniks', que culmina con "La Nomenklatura" de Mikhail Voslensky.

Hoy vemos al desafiante retador en plena retirada, retractándose en la praxis pero aún sin admitirlo con claridad en las ideas.

A esta generación le ha tocado observar el cambio en la intransigente retórica socialista. Hoy hasta se habla de un socialismo de mercado, de una

³ / Don Lavoie, "Crítica de la interpretación corriente del debate sobre el cálculo económico socialista", publicada originalmente en inglés en el Journal of Libertarian Studies, en la edición de invierno de 1981. Tomada de la revista Libertas, de mayo de 1987, publicada por ESEADE, en Buenos Aires.

apertura a Occidente, de la maduración del socialismo europeo, de la democratización del Soviet, de una economía más competitiva basada en el estímulo del lucro personal en la China continental. China comunista ya ha formulado su política de "una China, dos sistemas" para garantizar la economía capitalista de Hong Kong y para atraer a Taiwan. ¿Cómo empezar a comprender el 'glasnost' de Gorbachov?

Lo que estamos observando es, ciertamente, un cambio histórico: el del resurgimiento de Occidente.

¿Y en América Latina —nuestra América— qué?

Nuestra América, la de la "raza cósmica" del futuro, la América de Miranda, Bolívar, San Martín, Morelos, Valle, Sucre, Tiradientes, Juárez, Martí... ¿qué de ella?

Nuestra América Latina permanece en un estado de letargo inestable y agitado. No enteramente emancipada de su pasado colonial, ni dispuesta todavía a enfrentar el reto del futuro.

El cambio que debió haber comenzado a dar sus frutos desde hace dos siglos en nuestro hemisferio ha sido un fenómeno que hemos tan sólo observado desde afuera, en medio de nuestro cómodo letargo.

En 1776, las trece colonias del Norte eran más pobres que sus rivales del Sur. Aquí había verdaderas ciudades, universidades prestigiosas, grandes artistas y artesanos, instituciones sociales importantes, poderosos aparatos productivos y una amplia base poblacional. Pero, mientras que en el Norte las ideas recién descubiertas de un orden social basado en la libertad del individuo se convertían en la ley fundamental, en el Sur las rechazábamos. La historia 200 años después está a la vista.

Con razón dijo el insigne liberal argentino Juan Bautista Alberdi que "la libertad de la patria es la independencia respecto de todo país extranjero. La libertad del hombre es la independencia del individuo respecto del gobierno del propio país". "Lo que entendemos por patria y patriotismo habitualmente son bases y puntos de partida muy peligrosos para la organización de un país libre, porque lejos de conducir a la libertad, puede llevarnos al polo opuesto, es decir al despotismo, por poco que el camino se equivoque"⁴.

En nuestra América hablamos mucho de la independencia de la patria, pero rara vez se habla de la verdadera libertad que es la libertad de los hombres de la patria. En nuestro hemisferio hemos participado del cambio histórico tan sólo nominalmente, y casi exclusivamente de las instituciones políticas que lo identifican. Fragmentamos el gran Imperio Español en repúblicas y federaciones, con la división liberal clásica de los tres poderes del Estado, hicimos constituciones y elecciones, se eliminó la esclavitud...

No obstante, los nuevos Estados constituidos, ya libres del Estado español, no representaron un verdadero cambio en el área económica para los ciudadanos. El Estado mercantilista, dirigista, interventor, burocrático, y que sobrevive a base del monopolio y del privilegio está aún aquí y ahora.

⁴ / Juan Bautista Alberdi, "La Omnipotencia del Estado"; Centro de Estudios Económico-Sociales CEES, Guatemala, 1986. Edición original de 1880.

Hoy se disfraza del socialismo folklórico latinoamericano en algunos países. En otros, las contradicciones del anacronismo colonial y del 'moderno' estado planificador son aún más confusas.

Este es el tema del libro político de Hayek, "El Camino de la Servidumbre", que publicó precisamente en 1944 para alertar a todos los que con buenas intenciones se hallaban atraídos al socialismo. Citando a Hayek:

—“Para alcanzar las finalidades que se proponen, los planificadores tienen que crear un poder público —de unos hombres sobre otros— de magnitud hasta ahora desconocida; y su éxito dependerá del grado en que logren tal poder”.

—“... en las democracias la mayoría de la gente cree todavía que es posible combinar el socialismo con la libertad. No se dan cuenta de que el socialismo democrático, la gran utopía de las últimas generaciones, no solamente es imposible de alcanzar, sino que los esfuerzos que se hagan por lograrlo llevan a algo completamente distinto: a la destrucción de la libertad misma”⁵.

Las contradicciones las vemos evidenciadas en nuestra América Latina en la institucionalización del golpe de Estado como un medio de control del poder, y también en las más de 264 Constituciones que hemos cambiado, en las dictaduras que surgen tanto del proceso democrático-electoral como de la toma militar del poder, en la corrupción institucionalizada, en el fraude electoral, en la venalidad de las cortes, en el sometimiento de las legislaturas a las instrucciones de Palacio, etc.

Las vemos también en la falta real de progreso para nuestros pueblos, en su emigración a otras tierras lejanas por la falta de oportunidades. Las vemos en la actitud confundida de nuestra juventud más brillante que opta en la desesperanza por la destrucción y la violencia. Las vemos en la desconfianza en la supervivencia del sistema social, reflejada en las masivas fugas de capitales y talentos.

Si la famosa "Carta de Jamaica" del Libertador resultó profética, no fue, como se podría pensar, porque Bolívar tuviera una visión del futuro. Al contrario, su falta de visión, su confusión sobre la congruencia e incongruencia de ideas fundamentales, su no distinción entre la lucha por la independencia y la lucha por la libertad del individuo, nos condenó a pasar por los más tortuosos caminos hacia donde nos encontramos, no muy lejos del principio. Los líderes que le siguieron tampoco buscaron ni formularon una visión sobre el futuro que les permitiera conducir a nuestros pueblos por el umbral del cambio que ocurrió.

Yo me atrevería a pensar que aún seguimos sin esa visión sobre el futuro, cuyo momento ya llegó. Basta recordar del libro de Proverbios que "un pueblo sin visión de sí mismo siempre perece".

El mundo de hoy es un mundo cambiante a grandes velocidades, más pequeño, más competitivo. Nuestros Estados megalómanos, aparatos políticos agotados, no pueden ya darse el lujo de impedir el progreso y mantener a nuestros pueblos en la miseria. Está a la vista de todos que otros pueblos, con menor tradición y amor a la libertad, han podido pasar del Tercer

Mundo al Primer Mundo en una sola generación porque han sido capaces de desechar los esquemas inoperantes, liberticidas y empobrecedores del excesivo intervencionismo estatal. Estamos en un mundo cada vez más interdependiente en el que el aislacionismo, sobre todo en materia económica, condena a nuestros países a un futuro de presiones explosivas.

¿Por qué retrasar los cambios en la dirección correcta? ¿Por qué no encauzarlos por los esquemas exitosos ya conocidos?

Ustedes, en su esfuerzo en esta aventura por la que se han lanzado no están solos. El cambio histórico continúa ocurriendo y en el centro de la generación de ideas están instituciones como la que yo espero que llegue a convertirse el Instituto de Ciencia Política de Colombia.

El papel del instituto es solamente uno:

Formular esa visión del futuro y señalar el camino hacia ella con las ideas correctas, para que los líderes nacionales logren conducir a Colombia por el umbral del cambio histórico, hacia la paz y el bienestar para todos.

El salto que debemos dar en América Latina es grande. Debemos reiniciar los diálogos y debates del siglo XVIII, actualizarnos en el siglo XX, pero mirar al siglo XXI.

“El ser humano ‘es un ser racional’. Su racionalidad le sirve como elemento cognoscitivo, de análisis y selección de distintos medios para la consecución de sus fines específicos. La ausencia de libertad anula el atributo de racionalidad del ser humano contrariando su naturaleza. ‘La vida del ser humano carece de significado sin libertad’, dice Alberto Benegas Lynch (h), en ‘Nuevo Examen del Iusnaturalismo’. De lo cual no es exagerado concluir que los sistemas totalitarios de un solo partido, una sola ideología, una sola verdad —la oficial—, una sola clase —la que se supone en el poder—, no son propiamente sociedades de seres humanos. Son sociedades de personas a las cuales les está, simplemente, señalado un destino”.

T. L. Caldas

5/ Friedrich A. Hayek, "Camino a la Servidumbre"; Centro de Estudios Económico-Sociales, CEES, Guatemala, 1987. Edición original condensada publicada en 1944, por el Reader's Digest.